Mitoanálisis

Los paraísos verdaderos

En las principales religiones occidentales, al Jardín Celestial se llega por una senda difícil y estrecha.

Vimos ya que en la mente, ese espacio interno del hombre, siempre cupo el ensueño del paraíso. Labrado de recuerdos confusos de un paraíso infantil, en esos tiempos mejores la fatiga del sustento no existía y los padres-dioses lo proveían todo. No es de extrañar que espacios utópicos heredaran ese lugar en el cielo, y que la imaginación de pueblos diversos poblaran ese sitio para un futuro reencuentro con lo perdido. Fascina seguir la pista de ese lugar, porque nos introduce en los más recónditos ensueños de la humanidad y porque este ensueño es el de mayor difusión universal.

Es imposible recorrer un itinerario tan extenso en tan breve espacio. Conformémonos, pues, con atisbar siquiera los **paraísos verdaderos**, los que más publicidad han recibido de sus difusores: las religiones del tronco judeo-cristiano-islámico, las más firmes avaladoras de tan anhelada promesa. Puesto que escrito está, y lo escrito es verdad y ley.

El precio del paraíso

Los pueblos paganos echaron algunos de sus cimientos, pero lentamente la credibilidad de tal don-por-nada se ha erosionado. El precio para el acceso a tanta dicha ha ido creciendo hasta hacerse temible: ser acreedores, en un Juicio Final, a sortear el estrechísimo desfiladero de los bienaventurados, que da al camino franco hacia la dicha eterna.

En la Grecia homérica, anterior al siglo VIII A.C., había poca esperanza para el difunto, cuyo fantasma (**eidolon**) descendía sin remedio al Hades —que ya visitamos— para una existencia eternamente miserable. Más adelante, en los dos siglos siguientes, el orfismo en los misterios de Eleusis rescata el alma —la **psyche**— de su tumba (**sema**), o sea el cuerpo (**soma**). Sobre todo evita los azares de la **metempsicosis**, la reencarnación en diferentes carnaduras somáticas: animales, peces, aves y hasta vegetales. Pero tales mercedes eran conseguidas a los iniciados en los misterios. Esos afortunados se guardaron el secreto y tan sólo algunos venturosos gnósticos, y ulteriormente los místicos, conocen o re-descubren estas claves.

Es mediante las religiones redencionistas que el acceso se libra para todos los virtuosos, y, será al paraíso hacia donde irán las almas; y también los cuerpos, según algunos mitos.

Todos los paraísos se asemejan y también se diferencian. Su finalidad principal es ser la meta de la vida: sin meta, ésta se torna inescrutable. Se halla por supuesto en el cielo, lugar visible pero suficientemente lejano para cualquier verificación. Algunos elementos de esas mansiones son comunes: jardín, árboles, frutos; la corte celestial sigue el modelo de los monarcas absolutos del Oriente Medio, con sus cortesanos y siervos, sus palacios, sus rigurosas jerarquías. Los mitos nacen como remedos de sistemas tradicionales.

Algunos libros sagrados permiten ver una decantación moral y un progreso en el cielo, reflejo del progreso de los hombres en la tierra. Surgen ideales cada vez más abstractos y la idea de la justicia como aspiración de la conturbada convivencia humana. Lo conmovedor es el deslizamiento hacia las toscas gratificaciones retributivas; las descripciones revelan la brecha abierta entre el espíritu que se depura y refina, y la parte que muere pero también reclama su parte.

El yahvismo es avaro en promesas y no será antes del zoroastrismo (siglo VI AC en adelante) que injertará los primeros atisbos de un jardín, que en Ezequiel (XXVII, 17-19, CXXI, 8-9, 16-18) es aún lugar de Dios, con claros ecos mesopotámicos. Sólo después del siglo II AC la mitología religiosa incorporará las revelaciones (apocalipsis) sobre las cosas últimas. Luego el cristianismo lo propagará más eficazmente. Cinco siglos más tarde, el Islam lo esparcerá de modo más terrenal, esto es con la espada. Pero, eso sí, fusionando aspiraciones, ensueños y deseos pedestres de incontables transeúntes que hollaron la tierra dada a los hombres por los dioses, para que la habitaran humanamente, pero con la mirada puesta en el cielo.

La más preciada paradoja de los mitos consiste en que esas creaciones inmortales de los humanos puedan generar chispas de acciones divinas a fin de que los hombres escapen a su destino, soñando con recompensas toscas. Espiaremos en algunas de las rendijas de eso que tenemos prometido.

Leopoldo Muller

Ciencia

La catástrofe ultravioleta (III)

Para evitar la "catástrofe ultravioleta", Max Planck postuló la cuantificación de la energía y dio origen a la mecánica cuántica.

En las notas anteriores vimos cómo la física clásica no podía explicar la manera en que se distribuye la energía emitida bajo la forma de ondas electromagnéticas en un radiador de cavidad. Si tenemos una cavidad con un pequeño orificio, por éste sale energía de radiación con una intensidad distinta para las distintas frecuencias. Para frecuencias bajas y altas la intensidad es pequeña, pero para un cierto valor intermedio que depende de la temperatura, la intensidad es máxima. Los cambios de temperatura en el cuerpo producen entonces un cambio en el color de la luz emitida: a una temperatura de 1000°C la luz es roja, a 2000°C es amarilla, como en una lámpara incandescente, y a 6000°C, que es la temperatura en la superficie del sol, es blanca.

Los resultados de la física clásica discrepaban con la experiencia, pues predecían un aumento constante de la intensidad de la radiación emitida al aumentar la frecuencia y no una disminución, como realmente ocurría. A esta discrepancia se le llamó "catástrofe ultravioleta".

Max Planck fue un físico alemán nacido en el año 1858, que estudió y se doctoró en una época en la que reinaban en la física la teoría mecánica de Newton, la teoría electromagnética y la termodinámica en perfecta concordancia con las experiencias realizadas.

Casi todos los físicos estaban de acuerdo en que con estas teorías podía explicarse todo el mundo físico y que su trabajo consistía únicamente en aplicarlas a problemas concretos. El espectro del radiador de cavidad y algunas otras cosas no explicadas eran problemas que se planteaban en el marco de la física clásica y existía la convicción de que su solución era solo cuestión de tiempo.

El nacimiento de la mecánica cuántica

Max Planck, conociendo las predicciones de Rayleigh-Jeans no verificadas experimentalmente, dedicó gran parte de su trabajo a explicar el espectro de emisión de un radiador de cavidad. Viendo el resultado y el desarrollo de la demostración clásica, tomó conciencia de que una suposición adecuadamente ubicada cambiaba por completo el resultado y predecía con total corrección el resultado que había sido ampliamente verificado por la experiencia: la disminución de la intensidad de las ondas electromagnéticas para las frecuencias elevadas.

El físico alemán supuso, aunque lo consideraba descabellado desde el punto de vista de su intuición física, que una oscilación no puede tener cualquier valor en energía, sino que sólo son posibles los múltiplos de un cierto valor mínimo que depende de la frecuencia. Una consecuencia inmediata es que la energía que se emite no puede tener cualquier valor, sino que tienen que ser "paquetes" discretos, llamados **cuantos** (o "Quanta"), iguales a la diferencia entre dos valores permitidos de energía.

En diciembre de 1900, cuando faltaban pocos días para el cambio de siglo, Planck expuso sus ideas en una reunión de la Sociedad de Física de Alemania. Parecían tan extrañas que el mismo expositor apenas podía creer que dieran resultados correctos, pero el razonamiento resultó impecable y nadie pudo encontrar un error en él. Con la suposición de la cuantificación de la energía, la teoría física y la experiencia concordaban plenamente.

A los **paquetes de energía** de la radiación electromagnética se les llamó "fotones" y la energía de cada uno de éstos resultaba ser proporcional a su frecuencia. A esta constante de proporcionalidad calculada por primera vez por el físico alemán se le llama actualmente "constante de Planck" y su valor es de 0,0000000000000000000000000000000-00663Js

donde **J** es la unidad de energía y **s** la de tiempo. La energía de cada fotón es entonces E = hf donde **h** es la constante de Planck y **f** la frecuencia.

Pablo García

Sexología

"Erotizar la vida..."

"Erotizar la vida...Una utopía razonable. Erotizar la vida. Descentrar del coito el placer genital."

Josep-Vicent Marques

Decía alguien que lo único que deberíamos temer de verdad es **el temor mismo.** Esto es indudablemente cierto, en especial en el campo de la conducta sexual masculina, donde el temor a la incapacidad sexual genera...incapacidad sexual. Es por eso que los sexólogos hablan, a propósito de la impotencia sexual masculina, de "profecía que se autorrealiza" y coinciden en que todo tratamiento de esta disfunción debe orientarse, de un modo o de otro, a romper el círculo vicioso del fracaso que genera temor y del temor que genera fracaso.

En efecto, fuera de los cuadros cuyas causas son de naturaleza orgánica y que deben ser tratados por la medicina (probablemente entre 8 y 10% de las impotencias sexuales), en todos los demás casos (9 de cada 10), lo que resulta aconsejable es una terapia tendiente básicamente a **reducir la ansiedad** (el llamado por Masters y Johnson "temor al desempeño") y a devolver al paciente seguridad y confianza en sí mismo.

Todos los terapeutas y consejeros coinciden en subrayar que, para una buena y rápida superación de las dificultades, el tratamiento debe involucrar también a la esposa del paciente. La razón de este énfasis reside en que una compañera colaboradora permite disminuir notablemente el monto de exigencias (y la correspondiente ansiedad) y aumentar en consecuencia el monto de excitación y de abandono, centrando los encuentros eróticos más en el objetivo de "dar y recibir placer" que en el de alcanzar una satisfactoria ejecución del coito. Este, el coito, **llegará de modo natural y a su tiempo** y en la medida en que no se lo procure compulsivamente como objetivo directo de la relación.

Todo esto supone que la pareja comprenda y acepte sin reservas (cosa que no es ni fácil ni frecuente en nuestro medio) la normalidad y la legitimidad de utilizar otros recursos eróticos y sexuales para alcanzar niveles cada vez más incrementados de excitación y procurarse, por esta vía, descargas orgásmicas suficientemente gratificantes (prácticas auto-eróticas, masturbación recíproca, sexo oral, etc.). En realidad lo que el tratamiento procura es desbloquear la respuesta erectiva mediante un aumento de los factores de excitación (aumento de **la carga**) y una disminución complementaria de los factores de inhibición (aumento de la carga y facilitación de **la descarga**).

"Sexo-juego" vs. "Sexo-trabajo"

De acuerdo con las explicaciones anteriores, queda claro que lo que se busca es destruir el círculo vicioso "temor-tensión-bloqueo erectivo". Para ello, lo más importante será quitarle al coito el carácter de "tarea a cumplir", de "meta a alcanzar", que lleva al hombre a estar pendiente de si se producen, si mantiene o si pierde sus erecciones. Cuando el coito deja de ser el objetivo (el coito se prohíbe durante las primeras etapas del tratamiento), el paciente deja de estar "estresadamente" atento a qué sucede con sus erecciones y se puede abandonar confiadamente, con espontánea naturalidad, a la experiencia "sensual" que está viviendo. El confirmar en forma reiterada que, cuando no se siente exigido, se logran erecciones satisfactorias; que aunque las erecciones se pierdan, se pueden siempre recuperar mediante juegos variados de excitación y que todo el proceso puede culminar en orgasmos que, aunque alcanzados por vías no coitales, resultan intensamente gratificantes para ambas partes de la pareja, reconstruye un clima de alegría, de distensión y de disfrute compartido y elimina la urgencia casi fetichista por "llegar a resultados".

Este proceso permite el reencuentro (y a veces el encuentro por primera vez) de la pareja con el placer sexual y con el erotismo, enriquece la gama de recursos de excitación, enseña a dar y a recibir placer con espontaneidad y sin urgencias, respetando las personales idiosincracias, y devuelve a ambos la confianza y la seguridad perdidas.

A partir de aquí, resulta relativamente fácil el tránsito progresivo a juegos pre-coitales y a maniobras coitales realizadas en condiciones favorables que culminan en la normalización final de la respuesta sexual alterada.

Arnaldo Gomensoro

Ricardo Corazón de León fue el primer paciente de un trasplante cardíaco.